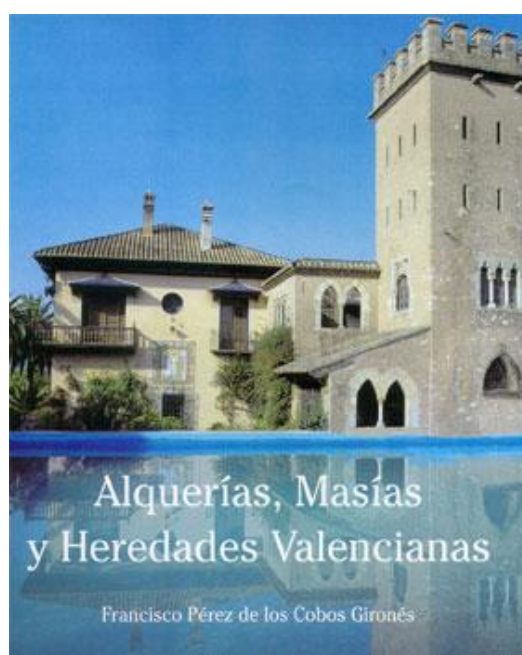


Masía del Carmen en ALQUERÍAS, MASÍAS Y HEREDADES VALENCIANAS

FRANCISCO PÉREZ DE LOS COBOS GIRONÉS

Valencia, Edit. Federico Domenech, S.A., 214 pp. 2001



P. 134-141 **MASÍA DEL CARMEN (S. XX)**

En el término municipal de Bétera, en medio de un frondoso naranjal y con un intenso olor a azahar, nos recibe esta masía que tiene el nombre en grandes letras, en la misma entrada. Desde ella se divisa la fachada principal, precedida por una frondosa alameda de palmeras y flores.

En realidad lo que ahora podemos ver es el resultado de un sueño de quien fue su principal creador, don Manuel González Martí, artífice también del actual Museo Nacional de Cerámica que lleva su nombre. Don Manuel, como se le conocía, quiso plasmar lo que para él era la “Masía

ideal”, y comenzó a recopilar elementos procedentes de diversos puntos de la Comunidad Valenciana, todos ellos exponentes de nuestra historia y cultura, y los fue integrando en el edificio por él construido en los años veinte.

Si la observamos de frente apreciamos a ambos lados, dos cuerpos de construcción adosados. El de la izquierda es más reciente, construido por el actual propietario, mientras el de la derecha, que corresponde a la capilla, es muy anterior.

En el exterior, entre otros detalles, destacamos las sólidas rejas, singular trabajo de forja antigua; dos bancos, a ambos lados de la puerta principal –tiene arco de medio punto y dovelas de piedra– con azulejería del siglo XVIII; los huecos del piso superior con tejazoz, y un balcón corrido, en madera torneada.

Al entrar en la casa nos quedamos realmente absortos porque el cúmulo de detalles es tal, que a primera vista difícilmente podemos percatarnos bien de cada uno de ellos. La mayor parte de la carpintería procede de casas solariegas y conventos. Nos impresiona el soberbio dintel en piedra a través del cual se aprecian las estancias contiguas. El pavimento es de baldosa roja, de factura reciente, alternadas con piezas más pequeñas, originales de los siglos XVII y XVIII, con motivos florales.

Rebasada la primera parte del vestíbulo, la estancia gana amplitud hacia el lado derecho. En él existe una gran chimenea, con espectacular trabajo en forja, ahora irreplicable por su complejidad y tamaño. Y también, en este tramo de la estancia, se inicia el arranque de la escalera, pieza única por los componentes, que da acceso al único piso del edificio.

Ajustada perfectamente en una caja muy ancha, lo que obliga a un desarrollo con escaso espacio en los rellanos, pero cómodo en el recorrido. Presenta huella de baldosa roja, cantonera de madera y contrahuella de azulejo.

Toda esta zona del vestíbulo tiene un espectacular zócalo en azulejería, mezcla de originales del XVIII e imitaciones realizadas por Gimeno en los años veinte, logrando un conjunto de gran belleza, completado sin duda

por un escogido mobiliario de singular valor. Toda la viguería de esta amplia estancia es de madera.

La contigua tiene también zócalo de azulejería, del XVIII, imitado, obra igualmente de Gimeno. El pavimento sigue la misma tónica del vestíbulo.

En la planta superior se encuentra el comedor, muy espectacular, tanto por determinados elementos del mobiliario como también por el pavimento, con piezas del XVII y XVIII, alternada de baldosa roja, de factura reciente, enmarcado todo él con una cenefa del siglo XVIII. El resto de las dependencias corresponde a los dormitorios.

Adosado al lado derecho, existe un cuerpo de edificio donde predominan elementos del gótico, procedentes de la parte de Morella, traídos hasta aquí por González Martí para integrarlos en el conjunto. Y así veremos, en primer lugar, en la planta superior, cuatro arcos lobulados con parteluces coronados por capiteles primorosamente labrados. A la altura de la planta baja, hay una ventana, con arco en piedra de medio punto, sustentado por dos finas columnas con capitel.

En el paramento contiguo en el exterior, vemos un gran retablo cerámico, del siglo XVIII, con la imagen de la Sagrada Familia. Y en el centro de este pequeño y acogedor rincón, plagado de florones y plantas, puede verse un brocal, original, en piedra con la correspondiente cerrajería.

Cierra este lado de la masía una torre cuadrada y almenada, con aspilleras a la altura de la segunda y tercera planta. La primera tiene ventanas góticas, siendo la lateral trilobulada.

La planta baja de ésta la ocupa la capilla, presidida por la imagen en piedra de Ntra. Sra. de los Desamparados. Pero la singularidad de la estancia está en la portada, gótica, en un soberbio arco conopial. La techumbre que le antecede ofrece una interesante colección de "socarrats" y una soberbia torre.

A un lado, dos arcos con parteluz permiten una tenue iluminación a la vez que una visión de fuerte contraste donde, enmarcado por los arcos góticos, aparece la molineta que antaño subía el agua del pazo para regar las naranjas, y ahora se mantiene altiva ante el paso del tiempo, quizás

queriendo competir en resistencia con las castigada piedras que enmarcan esta visión.



Así es esta singular masía, sueño de un soñador hecho realidad. Hombre que desarrolló una gran actividad a lo largo de su dilatada vida. Don Manuel González Martí fue fundador de la Escuela de “Evolución Cerámica” de Manises (1923), Presidente por dos veces de *Lo Rat Penat* (1928-1930 y 1949-1958), en el que coincidió, entre relevantes personajes de la época, con don Teodoro Llorente de quien por cierto pintó una graciosa caricatura representando a don Teodoro como Reina de los Juegos Florales. La firmó con un sobrenombre, “Felahi”, porque además de Derecho, aprendió dibujo y colorido en la Escuela de Bellas Artes, destacando como caricaturista.

La pasión por la cerámica y su mundo se ve constatado, no solo por la edición de numerosas obras de investigación ceramista, sino también por la creación en 1953 del Museo que hoy lleva su nombre y que contiene unos fondos de singular relevancia donada por él.

Al concluir la guerra civil, González Martí recuperó la propiedad de la masía. Gran parte de las obras antiguas por él coleccionadas estaban devastadas, lo que le produjo una gran consternación. Dado el estado de degradación en que se encontraba, se vio obligado a venderla. La adquiere entonces una distinguida y conocida familia valenciana, los Barona, quienes la reconstruyeron, conservaron y ampliaron. A ellos la adquiere el actual propietario, D. Fernando Álvarez-Ossorio y Sebastián, empresario valenciano residente en Madrid, y presidente de nuestra Casa Regional durante treinta años ininterrumpidamente.

Hombre enamorado de la tierra donde nació, que confiere la enorme pasión por todo cuanto a nuestra cultura, arte y costumbre se refiere. D. Fernando encontró en la masía la oportunidad de completar también su sueño, adquiriendo lo que González Martí consideraba –ya lo hemos dicho- la masía ideal, donde se siente y respira profundamente la sensación y el ambiente de nuestra tierra valenciana.

La singularidad del edificio está reconocida por el Ayuntamiento de Bétera, villa caracterizada por existir en su término municipal numerosas masías de abolengo. Pero ésta es la única declarada de protección integral.